



BERNARD

MANDEVILLE

LA FABULA

DE

LAS ABEJAS

o
LOS VICIOS PRIVADOS HACEN
LA PROSPERIDAD PUBLICA

SECCIÓN DE OBRAS DE FILOSOFÍA

LA FABULA DE LAS ABEJAS

Xabier
Vila-Coia



ex-libris



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - CHILE - COLOMBIA - ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición en inglés, 1729
Edición facsimilar, 1934
Primera edición en español, 1991
Primera reimpresión, FCE-España, 1997

BERNARD MANDEVILLE

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

LA FABULA DE LAS ABEJAS

o

*Los vicios privados hacen la
prosperidad pública*

Comentario crítico, histórico y explicativo de

F. B. KAYE



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - CHILE - COLOMBIA - ESPAÑA

ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - PERÚ - VENEZUELA

INVESTIGACIÓN SOBRE EL ORIGEN DE LA VIRTUD MORAL

Todos los animales no educados tienen sólo el afán de procurarse satisfacción y naturalmente siguen sus inclinaciones, sin considerar el bien o el daño que su propia satisfacción pueda acarrear a otros. Ésta es la razón por la cual, en un estado totalmente natural las criaturas más aptas para convivir pacíficamente en grandes números son aquellas que muestran menos inteligencia y tienen menor cantidad de apetitos que satisfacer; por consiguiente no hay especie de animal que sea, sin el freno del gobierno, más incapaz de concordar en multitud durante mucho tiempo, que ésta a la que pertenece el hombre; no obstante, sus cualidades, buenas o malas, cosa que no voy a determinar, son tales que, fuera de él, no existe criatura de la que se pueda hacer un ser sociable; pero siendo, como es, un animal extraordinariamente egoísta y obstinado, a la par que astuto, no basta hasta qué punto esté subyugado por una fuerza superior, de cualquier manera es imposible, por la sola fuerza, hacerlo dócil y apto para recibir los perfeccionamientos de que es capaz.

Por lo tanto, el principal objeto que han perseguido los legisladores y otros hombres sabios que se desvelaron por la institución de la sociedad, ha sido el hacer creer al pueblo que habían de gobernar que era mucho más ventajoso para todos reprimir sus apetitos que dejarse dominar por ellos, y mucho mejor cuidarse del bien público que de lo que consideraban sus intereses privados. Como esta tarea ha sido siempre dificultosa, no ha habido ingenio ni elocuencia que no se haya ensayado para lograrla. En todas las edades, moralistas y filósofos, para probar la verdad de tan útil aserto pusieron en juego todos sus talentos. Pero creyera esto la humanidad o no lo creyera, no es probable que alguien haya logrado persuadir a los hombres a condenar sus inclinaciones naturales o a preferir el bien de los otros al suyo propio, si al mismo tiempo no se les hubiera mostrado una recompensa que los indemnizara de la violencia que sobre ellos mismos tendrían que hacer para observar esta conducta. Los que intentaron civilizar a la humanidad no ignoraban esto; pero, siendo incapaces de otorgar tantas recompensas verdaderas como se necesitarían para satisfacer a todas las personas por cada acción individual, tuvieron que urdir una

imaginaria que, como equivalente general por la dificultad de la negación de sí mismos, pudiera servir en todas las ocasiones, sin costarles nada a ellos ni a nadie, y que al mismo tiempo fuera muy aceptable para quienes la esperaran.

Así, estos sabios examinaron detenidamente la fortaleza y las flaquezas de nuestra naturaleza y sacaron la conclusión de que nadie es tan salvaje que no le ablanden las alabanzas, ni tan vil como para soportar pacientemente el desprecio, y concluyeron, con razón, que la adulación tiene que ser el argumento más eficaz que pueda usarse con las criaturas humanas.

Poniendo, pues, en práctica esta hechicera máquina, ensalzaron las excelencias de nuestra naturaleza, colocándola por encima de la de otros animales; alabaron con desaforados elogios lo maravilloso de nuestra sagacidad y la inmensidad de nuestra inteligencia; otorgaron mil encomios a la racionalidad de nuestras almas, con la ayuda de las cuales éramos capaces de realizar las más nobles empresas. Después de haberse insinuado así en los corazones de los hombres, por medio de esta ladina adulación, empezaron a instruirles en las nociones del honor y la vergüenza, representando a uno como el peor de los males y al otro como el más alto bien a que pueden aspirar los mortales; hecho lo cual, les demostraron cuán impropio sería de la dignidad de tan excelsas criaturas dejarse dominar por aquellos apetitos que tiene en común con los brutos, sin considerar así las cualidades a que deben la supremacía sobre todos los seres visibles. Ciertamente admitieron lo apremiantes que son los impulsos de la naturaleza, el trabajo que cuesta resistirlos, y la ímproba tarea que supone subyugarlos totalmente. Pero esto tan sólo lo usaron como argumento para destacar, por una parte, la gloria que supone dominarlos y, por otra, la ignominia de no intentarlo.

Además, con el fin de introducir entre los hombres la emulación, dividieron a la especie en dos clases, completamente diferentes entre sí: la una compuesta de gente abyecta, ruín, siempre a pos de los goces inmediatos, incapaz de abnegación, sin consideración para el bien de los otros ni más aspiración que sus intereses particulares; gente, en fin, esclavizada por la voluptuosidad, que sucumbe sin resistencia a toda clase de deseos indecorosos y que tan sólo emplea sus facultades racionales para hacer más exquisito el placer sensual. Estos seres, dicen, viles, despreciables y rastreros, la hez de su especie, que no tienen de humano más que la hechura, en nada se diferencian de las bestias sino en su aspecto exterior. Pero la otra clase se compone de criaturas sublimadas y espirituales que, libres del

se le ha dado es un invento, un recurso para vivir en paz. Como el hombre es un animal timorato y de naturaleza no rapaz, ama la paz y la tranquilidad y, si nadie le ofendiera y pudiera obtener sin lucha lo que desea, jamás pelearía. A esta condición timorata y a la aversión que le produce el ser molestado es que se deben todos los diversos proyectos y formas de gobierno. El primero fue, indudablemente, la monarquía. La aristocracia y la democracia fueron dos métodos distintos de remediar los inconvenientes de la primera, y la mezcla de estas tres es un progreso respecto de las demás.

Pero seamos salvajes o estadistas, es imposible que el hombre, el simple hombre caído, pueda actuar con otro objetivo que el de satisfacerse a sí mismo mientras pueda usar de sus órganos, y la mayor de las extravagancias, tanto de amor como de desesperación, no puede tener otro centro. En cierto sentido no hay diferencia entre voluntad y placer y cada movimiento que se haga a pesar de ellos debe ser antinatural y convulsivo. Siendo, pues, tan limitada la acción, y puesto que siempre nos vemos forzados a hacer lo que nos place, y, al propio tiempo, nuestro pensamiento es libre e incoercible, es imposible que seamos criaturas sociables sin hipocresía. La prueba de esto es sencilla: toda vez que no podemos impedir que las ideas emerjan continuamente dentro de nosotros, toda relación civilizada se perdería si, por medio del arte y el prudente disimulo, no hubiésemos aprendido a ocultarlas y sofocarlas; y si todo lo que pensamos hubiera de disponerse abiertamente a los demás como a nosotros mismos, sería imposible que, estando dotados de la palabra, pudiéramos soportarnos los unos a los otros. Estoy persuadido de que cada lector siente la verdad de lo que digo y declaro a mi antagonista que, mientras su lengua se dispone a refutarme, se le sale a la cara la conciencia. En todas las sociedades civiles se enseña insensiblemente a los hombres a ser hipócritas desde la cuna y nadie se atreve a confesar lo que gana con las calamidades públicas o aun con las pérdidas de las personas particulares. Al sepulturero le lapidarian si osara desear abiertamente la muerte de los feligreses, aunque todos sepan que vive de eso y no de otra cosa.

Para mí es un placer, cuando considero las actividades de la vida humana, contemplar cuán variadas y, a menudo, extrañamente opuestas son las formas con que las esperanzas de las ganancias y los pensamientos de lucro moldean a los hombres, según sus diferentes empleos y las posiciones que ocupen. ¡Qué risueños y alegres se ven todos los semblantes en un baile bien organizado y qué solemne tristeza se observa en la mascarada

LA FÁBULA DE LAS ABEJAS

Éste es uno de esos libros cuya suerte resulta difícil de explicar. Durante el siglo XVIII y buena parte del XIX fue un «best-seller» excepcional. Decenas de ediciones, reimpressiones piratas, ampliaciones y traducciones recorrieron Europa en aquel tiempo. Provocaron innumerables ataques, réplicas, reseñas de todo tipo, denuncias histéricas y persecuciones judiciales (en Francia fue quemado el libro por el verdugo), y lo más granado de la cultura europea de entonces tuvo que ver en ello. Diderot, Rousseau, Montesquieu, Kant, Swift, Hume, Adam Smith, Bentham, Berkeley, Herder, Macaulay, Coleridge, el doctor Johnson, Marx, Hazlitt y muchos más, participaron, en mayor o menor medida, en la polémica abierta por *La fábula de las abejas*. Años después, tal vez arrinconado por la preponderancia del romanticismo y la Santa Alianza, el libro pervivió sólo en los textos de los especialistas. Una excelente edición de la Oxford University Press en 1924 (con una notable Introducción del profesor F. B. Kaye), y su reimpression en 1957, han devuelto lentamente a este libro insólito su lugar en la cultura moderna. La edición que ahora ofrecemos al lector de habla castellana, en la traducción de José Ferrater Mora, está hecha a partir de esta última edición inglesa.

El pensamiento paradójico de Mandeville (1670-1733) arranca con su alegoría del «panal rumoroso» y de la vida de las abejas. Exhibiendo un descarnada ironía clásica, describe su visión de la naturaleza humana hasta plasmar una ética repulsiva que defiende el lujo, la envidia y el orgullo, justifica el egoísmo y condena la educación gratuita, la caridad y la frugalidad. Como dice el cínico subtítulo de la *Fábula*, los vicios privados producen beneficios públicos. Su pensamiento ha podido, pues, ser definido como una mezcla de anarquismo filosófico y utilitarismo escéptico. Como dijo Crabb Robinson, *La fábula de las abejas* es «el libro más malvado e inteligente de la lengua inglesa».

ISBN 84-375-0430-9



9 788437 504308

FONDO DE CULTURA ECONOMICA
